

ALEPH DE ALEPHS

EL ALEPH DE JORGE LUIS BORGES presentado por Marcos Iglesias Díaz

Jorge Luis Borges, escritor universal, es el mayor prosista contemporáneo de la lengua española. En sus obras, Borges habla no solo de Latinoamérica, sino de muchos otros lugares del mundo. Es el autor más universalista, porque habla tanto de lo particular como de lo universal. No hace novelas, solo cuentos, como “El Aleph”.

El Aleph es la primera letra del alefato (abecedario) hebreo. Es el todo, de manera caótica. En este caso, Borges utiliza el recurso de la *captatio benevolentiae*, intentando atraer al público en su Aleph, pues es muy difícil describir lo que vio el personaje en él. Se emplea el recurso de la enumeración caótica por la siguiente razón: el mundo es tan grande que no lo podemos expresar, pero si lo pudiéramos comunicar, sería imposible.

El gran valor de esta representación es que es capaz de transmitirnos su idea desde la más pura abstracción, a través de unidades, aparentemente inconexas entre sí, que en su conjunto forman un colectivo. Este caótico mundo da un pequeño atisbo de lo que podría ser asomar un cuarto de tu cabeza al abismo del universo, entender cómo sería la vida sin uno mismo, ver la inmensidad de las cosas y la totalidad del propio todo. El Aleph nos permite tener millones de ojos para poder observar desde lo más minúsculo y minucioso de nuestras entrañas hasta el más gigantesco espacio en el que uno se pueda situar. El Aleph es tangible desde la intangibilidad,

es todo, y a la vez es nada, es mucho y a la vez es poco, es positivo, pero también negativo. Es multidimensional, es estático en su dinamismo, tanto es uno como es cero. Es el ruido del silencio, es lo disperso lo que es a la unión, es el Dios que descubres en la más insignificante mota de polvo de tu habitación. El Aleph es todo lo que el lector considere que sea, es el propio universo íntimo dentro de él y, simultáneamente, el universo del resto de la humanidad.

Otro importante acierto en su representación es el encuadre de este fragmento dentro de la propia historia. El protagonista encuentra este fenómeno desde la más pura casualidad, “en la parte inferior del escalón, hacia la derecha” según Borges. El Aleph se experimenta a partir de lo físico, lo cotidiano, lo mundano. Lo hace tan identificativo con el ser humano porque todos cuestionamos la existencia de las cosas y de nosotros mismos, y porque no es un universo al que únicamente Borges sea merecedor de acceder, sino que cualquier persona, desde nuestras insignificantes y polvorientas realidades, se puede tropezar de la nada con esta pequeña esfera tornasolada. El Aleph sería algo así como el cordón umbilical que nos conecta al mismo tiempo con el yo, con el otro, con lo nuestro y con lo ajeno.

No obstante, el único aspecto que no consigue su retrato del infinito es representar el desorden de una manera certera y exacta. Pero no necesariamente porque el autor no tenga las técnicas narrativas suficientes como para lograrlo, sino por la manera en la que está construida la escritura y la lectura humana.

Estos dos elementos tienen un orden intrínseco del que no nos podemos despegar. En el caso del abecedario, tanto la escritura como la lectura se plasman en la superficie de izquierda a derecha, siguiendo de arriba y abajo. Sería un tanto contraintuitivo, incluso imposible, presentar una narración, un texto coherente, que desafíe las reglas de nuestros códigos escritos. Por ende, el Aleph se queda encarcelado en una especie de orden del que es incapaz de escapar, un orden que se posiciona en contra de su propia naturaleza. Podríamos decir que es la única pauta de orden que su ilustración del todo nos presenta.

En definitiva, para mí, el Aleph es el reflejo de lo puramente humano. La maestría de Borges permite que identifiquemos su creación con nosotros mismos, con cómo nos situamos en el mundo y hasta qué punto la realidad es más infinita de lo que pensamos. A través de no sólo su erudición y sus referencias culturales, sino de la disparidad de los elementos y la aleatoriedad de ellos nos permite sumergirnos de forma casi gráfica en lo que para mí es lo que hace que el planeta siga girando y la gente vuelva a despertarse un día más: la casualidad del universo.



▷ Ilustración
de Francisco Sosa
feita para o nº26
da revista Evohé,
adificada a Jorge
Luis Borges.

EL ALEPH DE LA ETERNIDAD, por LAURA CUSTODIO CRISTEA

Y en ese efímero instante que contenía la eternidad vi los raudos caudales de los ríos, vi la primera sonrisa de un infante, vi a las magnolias florecer bajo la luna, vi al poeta de torturado corazón llorar desesperado a su musa, vi a la garza remontar su vuelo, vi a los comercios abrir sus puertas al alba, vi a la montaña tratando de besar al cielo, vi al guerrero caer de rodillas, vi la luz del techo del dormitorio titilando, vi a Zenobia contemplar Palmira una última vez, vi a una mano acariciar los dulces secretos que esconde la piel ajena, vi a las frutas pudrirse tras la cosecha, vi a la gata estirándose bajo el sol, vi al viento levantar las hojas del suelo, vi las horas pasar de forma inexorable, vi los suspiros de cansancio de una madre, vi al pincel deslizarse sobre el lienzo, vi a las grandes pirámides levantarse, vi al fiel can durmiendo a los pies de su dueño, vi al océano extenderse hasta el infinito, vi el agridulce abrazo antes de tomar distintos caminos, vi a las dulces melodías deleitar a quienes escuchaban, vi al espejo reflejar mi rostro y el de todos los que me precedieron, vi al amor y a la muerte fundirse en un solo ser al que llaman eternidad.

EL ALEPH DE LA INMENSIDAD, por IRIA GARCÍA GOLMAR

Al asomarme a la inmensidad vi lo más profundo de los mares, lo más alto del firmamento y lo más lejano del horizonte. Me vi en el vientre de mi madre y a mi madre en el vientre de la suya. Vi un punto infinitamente minúsculo justo antes de explotar. Vi a mujeres y niñas descubrirse y cantar. Vi piedras diminutas, árboles inmensos, agua, desiertos, delfines y lombrices. Vi a Egeria pasear por Constantinopla, a Junko coronar el Everest, a Rosalind fotografiar el ADN. Vi una molécula de agua caer por Mosi-oa-Tunya. Vi rodar cabezas de reyes y reinas (y la de Olympe). Vi a Pangea separarse. Vi a unos hombres inventar fronteras. Vi a Teresa desplomarse y libretas en sus manos y lápices rodando por el suelo. Vi a todas las personas que han nacido en el mundo. Vi cables, muebles, cajas y ventanas. Vi a Claudette cambiar el mundo sentada en un autobús.

También vi a María escribir lo que él le dictaba.

EL ALEPH DEL SONIDO, por ESME GRACE WALL

Estaba sentada y escuchando el sonido del mar, cuando vi niños poniendo una carta en una botella y vi sus caras felices. Pasé mis dedos por la arena e intenté recoger un singular grano. Lo miré atentamente y vi su pequeñez. Pero al mismo tiempo es probable que este grano haya visto todo el mundo y todas las épocas. Vi en este grano una persona en Australia nadando en el mar por la mañana. Vi a una persona dando la última vuelta en su vida. Vi primeros amores y vi separaciones desgarradoras. Este grano ha visto a los reyes y a los faraones, la marina luchando en las guerras y el naufragio del Titanic. Vi todas las reverberaciones de miles de amaneceres y puestas del sol. Vi a una persona triste encontrando la carta en la botella y sonriendo por primera vez este año.

EL ALEPH DEL SILENCIO, por AIESHA MAE SALIBIO ESTAVILLO

Vi en el centro de un bosque sagrado, una claridad en forma de esfera, el Aleph del Silencio. Al acercarme, el mundo se hizo mudo, y en ese silencio absoluto, escuché el susurro de la conciencia universal. Vi las respuestas a preguntas sin formular, sentí la armonía de la existencia y experimenté la paz que existe más allá del ruido de la vida cotidiana.

EL ALEPH DEL CIERVO, por REBECA MARTÍNEZ BARBEITO

En un rincón de una de las tiendas del centro comercial, detrás de unos espejos que nadie parecía notar, había una sección de ropa infinita, parecida a un almacén. En el centro de esta sala había un grupo de maniqués, uno de ellos con una camiseta de un ciervo que recordaba a la famosa película de Disney que llevaría a todo el mundo a evocar su infancia: a las cosas que más gracia te hacían, a las que te asustaban, a tus mejores amigas y a las que no lo eran tanto, a lo que te gustaba jugar y con quién, a tu comida favorita y a la que detestabas.

Te hacía pensar en cómo te gustaba que te felicitaran por una buena nota o por cualquier mínimo logro, y en lo contrario: cómo te sentías cuando te reñían o castigaban. También evocaba esos viernes, después de clase, cuando durante la cena veías una famosa película de un pequeño ciervo.

EL ALEPH EN EL BAÑO, por ALEJANDRA CASTRO NEIRA

Me estaba desmaquillando en el baño en la madrugada cuando me quité mi goma del pelo. Fue en el agujero que genera la goma al desprenderse de mi cabello en el que comencé a ver todas las veces que me había sentido insegura. Todas las veces que había salido de fiesta y no me había gustado, las veces que me había juzgado por lo que llevaba puesto y cómo se veía en mí. Escuché los comentarios que quedaban grabados en mi cabeza de todos aquellos que criticaban a gente externa y me entraba el miedo que acabaran criticándome a mí. Olía el humo de la discoteca, los cigarros, el alcohol. Vi el Aleph. Oí los gritos de la gente en las primeras fiestas a las que fui. Vi a las miles de niñas llorando en los baños de innumerables discotecas por sentir que no valían, que no gustaban como su amiga. Escuché la música de aquel pub de Coruña en los 80's. Sentí la emoción del alcohol y la fiesta cuando no sabía prácticamente lo que era eso. Y entonces, entendí que las experiencias son universales, que daba igual que año fuera o que ciudad, siempre habría alguien sintiéndose inseguro en esa discoteca.

EL ALEPH EN LA HABITACIÓN, por ALEJANDRO SALGADO BAÑOS

Al llegar a la habitación intentó no pensar en nada, tan solo tenía que dar cinco pasos y lograría acostarse y dormir. Logró dar el primero con éxito, al igual que el segundo, más al intentar dar el tercer paso no pudo evitar fijar su vista en la cortina mal colocada y un reguero de ideas inundó la plenitud de sus pensamientos: la ventana, el estrés, el armario, el cielo, la paranoia, la cama, el exterior, el viento, el desasosiego, la cortina, el interior, el pasado, la puerta, el sueño, la mente, la realidad, el tiempo, los ojos, el mareo, la ira, las sábanas, el terror, las palabras, los gestos, el absurdo... Cuando logró colocar la cortina en su lugar se tumbó en la cama y miró el reloj, para su desdicha, sería otra noche de pocas horas de sueño.

EL ALEPH DE UNA MALA NOCHE, por SARAY SOAGE AROSA

Me levanté cansada después de una mala noche, con la cara aún sin lavar, me froté los ojos y fijé mi mirada en el espejo. Y vi un océano de seres inexplorados, un mar de lágrimas, un río de sueños, un manantial de alegría, vi a su vez mi reflejo sin su brillo original, vi unas manos arrugadas llenas de recuerdos pasados, vi mi vida en una calada que quemaba el filtro. Escuché la risa verdadera de una niña, el llanto de su madre y el temor de su padre; escuché lo que dicen en las calles de mí ignorantes de la verdad. Vi al temor sin miedo alguno y a la felicidad inquietante. Olí un perfume de seda y terciopelo, el poso del café y el amargo sabor del ron añejo. Toqué su cuerpo cálido saboreando cada detalle. Hundí mis manos en la arena de aquel cuadro modificando totalmente la historia. Subí la montaña más alta esperando sentirme mejor y tendí mi mano sin esperar nada a cambio. Vi mi vida reducida a una insignificante pastilla y decidí tragármela. Vi caballos, feroces bestias cabalgando por las mesetas como el libre gavilán. Vi a mi amor esperarme a pesar de haberme montado en el tren. Sentí el remordimiento y éxtasis de una nueva etapa, la caída en la montaña rusa y la serenidad de saber dónde debes estar. Me escuché a mi misma hablando otro idioma incomprensible, me vi actuar contra mis impulsos, me reí a carcajadas. Cambié mi óptica sin cambiar los cristales. Volé sin necesidad de drogarme. Soñé sin dormir. Reí sin llorar. Hablé sin pensar. Respiré y abrí los ojos, y me vi a mí.

EL ALEPH DE UN ABRIR DE OJOS, por MARCOS IGLESIAS DÍAZ

Cerré los ojos, los abrí. Entonces vi el Aleph. Vi toda mi vida en un golpe seco de voz. Vi mi piel arrugarse en medio de la noche. Vi todas las películas creadas desde el rincón de mi cama. Vi un intenso resplandor que me presagiaba el calor del invierno, el frío del verano. Vi mi diminuta cabeza acostada en la almohada de un desconocido. Vi la muchedumbre de gentes hacerse minúscula como una hormiga al pasar mis dedos por ellas. Vi un disparo de una bala atravesar mi cabeza. Vi cien veces el ataúd de mi padre y una vez el de mi madre.